

Uno

29B. Me acuerdo perfectamente de mi número de asiento y poco de mi compañero de vuelo: pelo canoso, gafas metálicas, ojos... ¿marrones? y nada hablador. ¿O fui yo la que sellé la boca para que no me saliera un exabrupto cuando le veía comer como un cerdo? Veinte horas de vuelo dan para mucho o para nada; como la vida: decides exprimirla o dejarla secar como una pasa. Estoy convencida de que a él le pasó lo mismo: nos dejamos secar porque nos resultamos indiferentes. Nuestras energías chocaron y nuestras neuronas decidieron no perder el tiempo e ignorarse. No fue culpa suya. En ese vuelo, aunque hubiera aparecido el tío más *sexy* del planeta —Keanu Reeves—, no le habría hecho ni caso. Mis ojos estaban ciegos y mi corazón tan helado como un glaciar de su era y no de la nues-

tra. Mi relación con Gonzalo había llegado a su fin. Nueve años de amor: la Relación se había desmoronado como un castillo de naipes. Ni siquiera recuerdo cómo le dije: «¡Se acabó!». La belleza de las cosas está en que no duren para siempre. Pero en ese avión no era capaz de llegar a esa reflexión, ni a ninguna otra. Estaba destrozada y sin saber por dónde empezar a tirar del hilo. Hacía tan solo dos semanas que Gonzalo se había marchado de casa, con cara de póquer y sin entender nada. Siempre ha tenido el don de la relatividad o de «si no me lo dicen a la cara no me entero». Muy de tío; quedarse en la primera definición del diccionario por norma y, como excepción, mirar el resto. Mi memoria, además de ser selectiva, es caprichosa y decide siempre quedarse con los recuerdos placenteros y enviar al exilio los dolorosos. La ruptura con Gonzalo está dentro de mí, pero muy desdibujada. Incluso metida en ese avión tantas horas y con la cabeza martilleando frases sueltas de aquella noche, de aquel final.

«¡No soy feliz!».

«Se ha muerto la planta».

«Hace años que no nos miramos».

«No hay una tercera persona, sino un... ¡ya no puedo más!».

«Me duele, me duele, me duele mucho».

Fui incapaz de recomponer el rompecabezas. ¿Qué nos pasó? ¿Cuándo empezamos a arrugar el amor hasta convertirlo en una bola de papel destinada a hacer canasta? Lloré mucho en ese asiento: por mí, por no entender y por saber que habría dado lo que fuera para evitar

la caída. Después de aclararme con el mando y sus botoncitos e inspeccionar sus múltiples posibilidades, escogí cine: *El exótico hotel Marigold*. Me costaba concentrarme por mi vecino, Mr. Nasty, y sus ruiditos.

También había una niña negra de pelo muy rizado que se paseaba arriba y abajo. A veces se quedaba mirándome fijamente: los niños tienen ese don de atravesar barreras y desarmarte en un ya. No nos dijimos nada, pero nos comunicamos sin el habla. La primera vez que la vi fue porque tropezó y cayó directa sobre mí. Su madre, un bellezón mulato, la fue a buscar y, sin levantar demasiado la voz, le echó una pequeña reprimenda que la niña encajó estoicamente. Me recordó a Yago cuando tenía su edad. A los cinco años y después de una soberana bronca con Gonzalo, nos fuimos los dos al parque. Yago no quiso jugar, se sentó a mi lado en un banco y se quedó mirándome fijamente en silencio. Después de un rato me dijo:

—«Los dos podemos ser muy felices, mamá».

Me quedé patidifusa, petrificada, convertida en estatua. No había encontrado una réplica a ese comentario, cuando vino el siguiente:

—Papá te pone triste y ya no sonrías.

Me tragué las lágrimas y lo abracé.

—Yago..., mamá y papá son muy felices, lo que pasa es que... a veces se enfadan un poco. Como cuando tú y yo nos regañamos, pero nos queremos mucho.

Miraba a aquella niña y me imaginaba a Yago ese día, con sus ojos tan grandes y redondos, sentado a mi lado, tan pequeño pero siempre tan protector conmigo. Desean-

do a toda costa mi felicidad, incluso por encima de la suya. Siete años después de esa conversación, se me saltaban las lágrimas mientras me bebía una Coca-Cola y pensaba en mi hijo, que ahora, con doce años, no entendía nada y me culpaba de lo ocurrido. La adolescencia es muy mala compañía, y como niño, futuro hombre, estaba muy unido a su padre.

— ¡No! ¡No nos puedes hacer esto!

No supe qué responderle. Ni antes ni ahora ni nunca. Volver habría sido hacerme eso mismo a mí. Por eso estaba en ese avión, con el desconuelo de maleta, el aturdimiento y la culpa de acompañante.

Todo por una noche de insomnio y desesperación en la que me planteé volver a fumar después de casi ocho años. Terminé con un cubata, la mesa llena de fotos y hablando por teléfono con mi amigo Pablo. Decidí que me tenía que ir de viaje, tenía que encontrarme. Llevaba una semana encerrada en casa. Lloraba, hablaba de Gonzalo y Yago en un bucle de culpabilidad, dormía, volvía a llorar, apenas me aseaba, apenas deseaba nada. Esa noche, mientras hablaba con mi amigo y me abría en canal mirando fotos, en la tele echaban un documental sobre Bali.

— Encima viendo un documental sobre el destino preferido de los recién casados, ¡no te jode...!

Pablo era un enamorado de la isla.

— Álex, ¿por qué no te vas a Bali? Es un paraíso y necesitas pensar y sanarte. Me preocupas.

— ¡Tú estás fatal! De paso me llevo alguno de mis libros de «maldito desamor» o «sana tu mente».

—No te iría nada mal aplicarte uno de esos manuales que escribes.

—Sabes que no creo en esas chorradas. Solo me gano la vida con ellas. Son las biblias de las religiones de los agnósticos. En realidad, nada cura la decepción, la desesperación... Nada. Solo aprendes a vivir con ello.

—Necesitas salir de ahí. Dejar esa casa por un tiempo y pensar.

Pablo siguió enumerándome las múltiples razones por las que tenía que irme a Bali mientras yo descartaba cada una de ellas a golpe de cubata y argumentos cada vez más insostenibles. Sabía que tenía que hacer algo, pero mi cuerpo, mi mente y mi corazón se mantenían inmóviles.

—Podrías aprender a hacer surf. Allí es el lugar ideal.

—Sí, a los cuarenta y tres y con una forma física deplorable.

—¿Por qué no? Siempre has querido aprender, ¿no? Pues ya tienes un motivo para irte. Aclararte y aprender a surfear... ¿Hola? ¿Álex? ¿Estás ahí?

Me entró un ataque de risa. Hacía tiempo que no me reía de aquella manera tan..., como si se me acabara el aire y me fuera reventar la vejiga. Me pareció la razón más surrealista de la noche y, a la vez, la que más sentido tenía para mí. Irme a hacer surf, recuperarme, escucharme, aislarme y decidir si cerrar la puerta «Gonzalo y yo» definitivamente o volver a abrirla.

—¡Pablo, tengo que colgarte! He decidido que me voy a Bali.

Sin esperar al día siguiente por temor a que se me pasara el pedo y me echara atrás, inicié la búsqueda de billete. Me metí en foros para saber algo de esa isla y me apunté en una lista todas las cosas que tenía que hacer:

- Hablar con Gonzalo (¡va a flipar!)
- Hablar con Yago (no sé si me perdonará por dejarle)
- ¡Llamar al trabajo y pedir vacaciones ya!
- Llamar a mi madre...
- Banco
- Maleta: poca ropa..., repelente de mosquitos, antiinflamatorios e ibuprofeno
- Pasaporte en regla
- El iPad..., y todos los cargadores...

Después de hacer la lista, procedí a la compra: del 9 de agosto al 25 de septiembre. Mes y medio para reír al viento y aprender surf. Sin querer, este viaje se había convertido en una metáfora de lo que quería: aventura, riesgo, diversión, nuevos horizontes, líneas curvas y no rectas.

Había conseguido quedarme dormida sin partirme el cuello cuando Mr. Nasty¹ pasó como una apisonadora sobre mí con un simple *sorry* para ir al baño. Busqué en la pantallita el mapa del recorrido del viaje: llevábamos solo seis horas de vuelo. ¡Una pesadilla! Para matar a Pablo y matarme a mí. ¿A quién se le ocurre irse al culo del mundo

¹ Míster Desagradable.

para aprender surf y quedarse sin lágrimas? Cuando una tiene el corazón seco y la barriga llena de alcohol, debería ser delito decidir, porque es un atentado a la cordura. Esperaba a que el botoncito del baño pasara de rojo a verde. (En realidad no es un botoncito, sino una pestaña. Dentro de los aviones hay tantas cositas, fichitas y cartelitos que suelo llamar a todo botoncito). Descalza y aguardando mi turno, me entró el pánico de la insensatez, de la locura de estar en ese avión, lleno de parejitas durmiendo abrazadas con media sonrisa, amigos, jóvenes semiadolescentes en busca de sol, olas y aventuras. Yo era como un pulpo en un garaje o una salamandra en un avión o un león en el fondo del mar, o un pez raya en medio del desierto. Todos ellos animales fuera de su hábitat. ¿Qué narices esperaba encontrar yo en Bali? Sentí cómo el corazón se me aceleraba y las pulsaciones se hacían notar. Ni siquiera tenía una guía turística de la isla, ni sabía dónde iba a dormir ni a qué zona ir.

«¿Bali es una isla grande? Supongo que con el inglés... sin problemas, ¿no?».

Mientras hacía pis (siempre un momento de gran lucidez en mi vida), me di cuenta de que me encontraba en un estado de caos emocional. Exactamente acababa de inaugurar la tercera etapa o secuencia típica en una separación:

1) Conmoción: estado de rigidez física, emocional y corporal en el que, después de decir «¡se acabó!», eres incapaz de articular una palabra coherente y siquiera pestañear. Deambulas como un holograma de ti mismo por la vida. Si puedes, no te quitas el pijama ni te duchas en días; te agarras a la cama, al alcohol o a los clínex. La duración

de este estado depende de la naturaleza de cada uno. Yo permanecí diez días en semiexistencia, en semiapariencia, en semi-partida-por-la-mitad.

2) Negación: estado de no aceptación de lo ocurrido. Es la etapa del sí, pero no. De «ha ocurrido», pero «quizás todo ha sido fruto de una mala interpretación». Fue cuando se me pasó por la mente, como una revelación, que me había precipitado. Cogí el teléfono y llamé a Gonzalo.

—Necesito hablar contigo. ¿Podemos vernos esta tarde? Sí, sí, no importa, en casa.

Me aseé y me emperifollé como si fuera nuestra primera cita. Me repetí cual mantra: «Le sigues queriendo, sigue siendo el hombre de tu vida». Miré el reloj del móvil veinte veces hasta que marcó las seis en punto. Siete minutos más tarde oí las llaves en la cerradura. Me levanté y reprimí las ganas de salir a su encuentro a riesgo de no parecer desesperada. Lo vi entrar.

—Hola.

Seco, cortante y sin apenas mirarme, soltó un amplio resoplido y se dejó caer en el sillón.

—Cuéntame... ¿Qué es lo que te pasa que era tan urgente?

Me quedé callada y en menos de un segundo viajé al estado de conmoción y volví a la negación y me repetí: «Lo quiero, lo quiero, lo quiero, lo quiero, lo quiero, lo quiero, lo quiero, lo quiero...».

—Álex, ¿quieres contarme qué pasa ahora?

Lo miré. Todo estaba igual: barbita de tres días, camisa de rayas, vaqueros desgastados, deportivas, sus gafas

de pasta llenas de mierda. Pocas cosas habían cambiado, salvo la más importante: no sentía por Gonzalo lo que quería, deseaba y fantaseaba sentir. Una lágrima empezó en solitario el camino de no retorno; al poco era una auténtica procesión.

—Lo siento mucho, Gonzalo. No sé qué ha pasado, pero ha ocurrido. Hemos pasado pantalla y no la compartimos.

—¡Joder! ¿Para esto me has llamado? ¿Para volver a contarme que lo nuestro ya hacía tiempo que no funcionaba, acompañado de cien justificaciones a cual más absurda?

—No es fácil, ¿sabes?

—Mira, Álex, no te hagas la víctima, porque tú eres la que ha decidido cargárselo. No puedo entender qué coño te ha pasado... Creo sinceramente que tienes una crisis personal y pronto te darás cuenta de la gran cagada de tu decisión.

Gonzalo también estaba en la fase de negación. Se había levantado del sillón y caminaba de un lado para otro del comedor, alzando los brazos enérgicamente, mirándome a mí y al suelo, al suelo y a mí, y soltando por la boca sapos y culebras. Tenía razón, yo fui la que dije «se acabó» por pura supervivencia al no poder seguir sintiéndome infeliz, vacía de pasión, llena de rutina y escasa o amnésica de sexo. Tenía tan solo cuarenta y tres años recién cumplidos y no deseaba pasarme el resto de mi vida de ese modo. Así fue como pasé al tercer estado.

3) Caos emocional: estado en el que empiezas a aceptar que se ha terminado y se despliega ante ti la lista de

proyecciones basadas en el NOS y en el FUTURO. Desequilibrio emocional basado en no poder aguantar más de media hora en una emoción: pena, rabia, alegría, euforia, ira, indiferencia, pasotismo..., la lista de proyectos se alarga y tomas conciencia de cómo el NOS ha empequeñecido el YO hasta reducirlo a tamaño pulga.

En este estado era precisamente en el que me encontraba yo en ese avión. Seguro que los pasajeros que fijaban su atención en mí debían de pensar que estaba medio perturbada o a punto de perder la razón. No existe un orden lógico para la aparición, intensidad y duración de mis emociones. Había perdido el control sobre ellas y era un ser inestable y tremendamente susceptible ante cualquier cosa que oyera, viera, oliera o comiera. Cualquier cosa podía disparar en mí un brote seudopsicótico. Sinceramente, no creía que, para mi enajenación pasajera, un avión fuera el lugar más recomendable en el que estar encerrada durante veinte horas.

4) Aceptación intelectual: momento en el que podemos autojustificar con cierto criterio lógico las razones de la ruptura. Aunque seguimos sintiéndonos mal, nuestra vida empieza a cobrar forma de nuevo. Algo de lo que careció por completo mi viaje a Bali. Metida en ese avión, no podía imaginar cómo mi aventura en la isla iba a ser la decisión más importante que he tomado en mi vida.

El caos es igual al orden como el orden es igual al caos. Fruto del caos, ordené mi vida para comprender que el caos y el orden están hechos para convivir en armonía.

Después de lanzarle una bordería a la azafata cínicosonriente de nuestra zona por haberse olvidado de traerme la Coca-Cola, decidí a las diez horas y cincuenta minutos de viaje que tenía que organizarme y dejar de lamentarme. Era una auténtica realidad: mi vida, como yo la había proyectado, imaginado y deseado, se había desmoronado ante mis propias narices. Estaba claro que tenía un hijo, cuarenta y tres años y que me ganaba la vida escribiendo librillos de autoayuda para gente con una fe cegadora. Nada más. El resto: una maldita hoja en blanco. ¡Pues a llenarla de nuevo!

Miré alrededor: cabecitas con auriculares mirando a las pantallitas, sonriendo, con los ojos medio cerrados. Cuerpos encogidos, tapados con una manta escasa que apenas te parapeta del frío. La pequeña traviesa ya dormidita en el regazo de su madre, que lee atentamente un libro. Mr. Nasty jugando al Tetris y, al otro lado del pasillo, una mujer de pelo canoso leyendo *Mente sana, cuerpo sano*. Debe de pasar de los sesenta, pero está divina. Parece viajar sola como yo, pero no como yo. Se la ve serena, por su movimiento armónico al pasar de página, por su respiración nada agitada. Tiene la belleza más cautivadora: la de sentirse en paz. ¿Quizás se queda en Singapur? No creo, no tiene pinta de mujer de negocios, aunque tal vez va a ver a su hijo, que vive allí. Ha levantado la cabeza y me ha pillado mirándola. ¡Qué corte! Le he sonreído un poco sonrojada. Me ha devuelto la sonrisa. ¡Qué maja! Es española, sin duda, porque ya me fijé en ella en Barajas. Todos sus movimientos son tan sigilo-

sos, tan pequeños y suaves que llaman la atención. Viste con holgura: vaqueros estándar, sandalias de piel marrón tipo pescador, camisa blanca de lino y un gran pañuelo colgado del cuello. Se ha quitado las sandalias y se ha puesto calcetines, lleva gafas azules para vista cansada y un anillo de plata en el dedo corazón de la mano derecha. Me habría gustado interrumpir su lectura y charlar con ella, pero no me atreví. Cuando me acurrucaba para intentar dormir, no sin previamente pelearme con la mini-manta, oí su voz:

— Nunca he entendido por qué las hacen tan finas y pequeñas, ¡con el frío que hace en los aviones!

Giré la cabeza para verla y era esa mujer dirigiéndose a mí. Mirándome por encima de los cristales de sus gafas con sus grandes ojos color miel.

— Un pasatiempo más de a bordo: pelearse con la manta y pelarse de frío.

Sonrió al tiempo que cerraba la revista.

— Me llamo Blanca, ¿y tú?

— Álex, encantada.

— ¿De vacaciones a Bali?

— No exactamente... Bueno, sí, quizás... No sé... Puede...

Comencé a perderme en condicionales, expresiones sin sentido porque no sabía qué contarle. ¿La verdad? Gonzalo, ruptura, noche, borrachera, solución-reflexión: Bali.

Sin darme cuenta, me explayé en un soliloquio que ella aguantó estoicamente con media sonrisa. Sentía que me en-

tendía, que comprendía exactamente el punto en el que me encontraba. Seguía contándole cómo había sido mi vida en esos nueve años, lo feliz que me había sentido, al tiempo que veía cómo me había equivocado en tantas cosas. Descubrí que su vida no había sido fácil tampoco. Casada muy joven, madre de dos hijos, Yolanda, de treinta, y Miguel, de veintisiete, y viuda a los cincuenta. La vida le arrancó el amor de su vida, su alma gemela, con una violencia golpista: ataque al corazón fulminante. Y la dejó más de un año en un estado de *shock* del que pensaba que jamás podría salir. Seis años más tarde, después de comprender tantas cosas y aceptar otras que no tienen explicación, se siente en paz con la vida y con ella misma. Viaja dos veces al año a Bali, para fundirse con la naturaleza, hacer un retiro de yoga y conversar con Kemang, el sanador que encaminó su existencia por un nuevo sendero. Me gustaba escucharla, su voz era una melodía curativa; que seca lágrimas y construye optimismo. No se había vuelto a enamorar, pero se había descubierto a ella misma: la mujer. Lejos de la madre, la pareja y la amante. La mujer que había permanecido durante todos esos años callada, escondida y desatendida. Me lo contaba sin reproches ni culpas, más bien como una parte más de su aprendizaje.

—Si hubiera comprendido mi esencia mucho antes, quizás mi vida habría sido mucho más consciente y reveladora.

No es que pensara que no había sido feliz, que sí. Que no fuera una buena madre, que sí, que de descubrirse antes no hubiera amado como amó a Antonio, que sí. Pero lo habría hecho incorporando matices, sus matices, y eso habría provocado una existencia mucho más rica y reveladora.

—El amor no es renuncia ni sufrimiento. No te engañes. El amor es un redescubrimiento del yo y el otro continuo. Nunca una renuncia sobre el otro ni una potencia del yo.

Qué pocas cosas sabemos del amor y qué valientes somos al aventurarnos a él sin red. Cuando nos damos la gran hostia, lo maldecimos, creyendo que a amar se aprende a la primera.

—A amar se aprende andando y cayéndote veinte mil veces. Yo decidí darme los trompazos con la misma persona. Pero hacerlo con distintas no es un fracaso mayor.

Ella me lo decía, pero yo me sentía frustrada por no poder seguir con Gonzalo. Sentía que había fracasado como amante y como madre, y como mujer estaba perdida. ¿Adónde iba yo con cuarenta y tres años y un hijo de doce?

Pasamos el resto del viaje juntas. Charlando y compartiendo experiencias. Me habló de Bali y de su primer contacto con la isla. Me recomendó una pensión barata en Seminyak, cerca de la playa, y me animó a que descubriera el Desa Seni, el refugio orgánico y centro de yoga más maravilloso que había conocido nunca. Estaba en Ubud y era donde ella se alojaría durante quince días. Me apunté los dos nombres en una libretita y todos los buenos consejos que me dio: dónde cambiar las rupias, regatear siempre, pactar precio, no dejar de hacerme masajes y, a poder ser, buscar un chófer para todos los días y pagarle por jornada, disfrutar de los arrozales, los atardeceres y amaneceres. Desconectar, reír al viento, dejarme llevar por la energía del lugar.

Me habló e incluso me convenció de lo acertado de mi destino para limpiar mi interior de tristeza y desconsuelo. Indonesia es un país que representa la manifestación de la energía Dorada, aquella que nos da la oportunidad de trabajar para disolver los aspectos no positivos del karma y la manifestación de nuestros más preciados proyectos. Aunque no creía una coma de todo eso, decidí escucharla y calmar así mi angustia por la abrupta decisión de viajar al culo del mundo sin más plan que aprender a surfear a los cuarenta y tres años.

Me contó que Bali es energía de color azul (no sabía que había energía de diferentes colores) que reside en el volcán Kintamani (templo Pura Besakih), y que es un rincón de apenas 140 kilómetros de largo y 90 de ancho, diseñado para un encuentro hacia lo lejano y exótico, y simultáneamente hacia nuestro interior. Bali significa «ofrenda» y se conoce como la Residencia de los Dioses por la multitud de templos: nadie sabe con precisión su número, pero se calcula que hay trescientos mil.

—El único problema con la isla es que, si la pisas, no vas a querer irte jamás. Cuando lo leí no me lo creí, pero me pasó.

—Sinceramente, me conformo con ligarme a un surfero y quitarme las penas con un polvo.

Me sonrojé por haber soltado tal bestialidad. Nos miramos y nos echamos unas buenas risas. ¡Qué buena terapia es la carcajada!

Blanca me hizo creer durante unas horas que había dado en el clavo con el destino. Una isla pequeña, con

buen rollo y magníficos paisajes. Me sentí con ganas de explorar y conocer cada rincón de la isla, me dio fuerza para emprender esa aventura en solitario y disfrutar al máximo de ella.

Apenas quedaban dos horas de viaje, parecía que llevara una eternidad metida en ese avión. Había pasado del lamento más compungido al deseo de llegar, de pisar esa tierra mágica que muchos creen sanadora y vivirla a tope.

Al fin, tierra a la vista. Tenía unas ganas terribles de perder de vista a Mr. Nasty y pegarme una ducha. Me sentía excitada, nerviosa, contenta. La pequeña niña me miró sonriente. Estábamos de pie, a punto de desembarcar. «¿Estará mi maleta?». Siempre que aterrizo me acecha el mismo miedo. Blanca me miraba curiosa, no había perdido un ápice de elegancia después de casi veinte horas de avión. Yo, en cambio, seguro que iba hecha una facha. En realidad, la mayoría, pero contentos de haber llegado al destino.

Ya en la aduana, enseñé el pasaporte, pillé algunos catálogos de excursiones varias, masajes múltiples y planos incompletos de la isla, pagué los veinte euros de tasas y... ¡libre! *Ready for the adventure in Bali!*²

Las puertas se abrieron y un gran corrillo de gente nos esperaba. ¡Qué humedad! Todos con cartelitos o buscando con ojos ansiosos reconocer la cara de la persona que habían venido a recoger. Había bastante ruido y movimiento.

² Lista para la aventura en Bali.

—*Hi, ma'am, do you want a taxi? Can I bring your baggage?*³

Me sentía abrumada de ver tantas caras, diferentes a mí, de pisar un lugar desconocido. Era de noche y me entró un poco de pánico. Dios, ¡estaba sola! ¡Qué loca! Me despedí de Blanca fundiéndome en un gran abrazo.

—Estarás bien. Esta tierra acoge a las almas perdidas. Espero verte en el Desa Seni.

La volví a abrazar y se me saltaron las lágrimas. Aquella mujer había sido mi primer ángel del viaje.

—Me pasaré seguro. ¡Gracias por tus consejos!

Casi sin poder despedirnos por la cola de hombres y brazos deseosos de coger clientes, Blanca desapareció y yo me dejé llevar por el primero que se acercó.

—*How much to go to Villa Diana Bali?*⁴

Miré en mi libreta la zona que me había dicho Blanca.

—*It's in Legian! In Jalan kresna.*⁵

El hombre, que no se había detenido ni un momento, me sonrió al tiempo que decía:

—*Yes, yes, no problem, I know!*⁶

Yo iba detrás de él, sin poder procesar el hecho de: lleva mi maleta, estoy sola, no tengo ni idea de nada y me voy con este. ¡No! Nunca he sido una intrépida aventurera, así que encontrarme en esa situación, lejos de agradarme, me descolocaba sobremanera.

³ —Hola, señora, ¿quiere un taxi? ¿Puedo llevarle el equipaje?

⁴ —¿Cuánto por ir a Villa Diana Bali?

⁵ —¡Está en Legian! En Jalan kresna.

⁶ —Sí, sí, sin problema, ¡lo conozco!

— *But, listen! How much to go?*

— *Two hundred and thousand!*⁷

Al principio me pareció no haber entendido bien: ¿doscientos mil? Imposible...

— *Sorry, how much?*⁸

Al volver a repetirme la misma cifra, caí en la cuenta. ¡Hostia! No tenía ni una sola rupia y ni idea de cuántas rupias eran un euro.

— *Wait, wait! Please! I need to find my friend!*⁹

Me fui corriendo a buscar a Blanca. El hombre, con mi maleta, me seguía a mí, sin entender tampoco. Pensaba que la había perdido cuando la vi caminando al lado de otro portador de maleta y destino. Le expliqué mi torpeza, se echó a reír, me cambió treinta euros en rupias y se despidió de mí con un nuevo gran abrazo.

— No dejes que las dificultades te impidan ver todo lo que has venido a aprender aquí.

Estaba en ruta. Recuperada de los nervios de la salida, me concentré en el paisaje.

— ¡Joder, cuánto coche! ¡Y conducen al revés! ¡En las motos van tres! ¡Están locos! ¡Y sin casco! ¡Puestos ambulantes de comida en la calle! ¡Uf! No sé yo si seré capaz de comer de ahí. ¡Cuánto caos!

Demasiado asfalto. No me pareció para nada la isla de ensueño que me había descrito Blanca, sino un puto caos.

⁷ — Pero ¡oiga! ¿Cuánto por ir?

— Doscientos mil.

⁸ — Perdón, ¿cuánto?

⁹ — ¡Espere, espere! ¡Por favor! ¡Necesito encontrar a mi amiga!

— *Where are you from?*

— *Spain.*

— *Aahhhh. Beautiful countrrrry!*

— *Yes, yes. How many minutes to arrive?*

— *Twenty, twenty, paip.*¹⁰

Me fijé que en el salpicadero del coche tenía una canastilla con flores secas, caramelos y unos cigarros. Supuse que era una ofrenda, pero no pregunté. No tenía demasiadas ganas de socializarme, a pesar de que el tipo me parecía simpático.

— *What your name?*

— *Álex... And yours?*

— *Made, mi name is Made.*

— *Nice to meet you, Made.*¹¹

A pesar de no querer hablar, me pasé todo el trayecto conversando con Made. Tenía treinta y cuatro años y dos hijas pequeñas. Me enumeró lugares que tenía que visitar: no retuve ninguno, la verdad. Me preguntó si estaba en Bali por... *holidays!*¹² No quise contarle mi vida, así que... le dije que sí y punto. Me pareció un buen hombre.

— *How much do you want for around eight hours a day?*¹³

¹⁰ — ¿De dónde eres?

— España.

— Aahhhh. ¡Bonito país!

— Sí, sí. ¿Cuántos minutos para llegar?

— Veinte, veinte, *paip*.

¹¹ — ¿Cómo se llama?

— Álex... ¿Y usted?

— Made, me llamo Made.

¹² ¡Vacaciones!

¹³ — ¿Cuánto quiere por unas ocho horas al día?

Llegamos a un acuerdo y Made se convirtió en el chófer de mi viaje. Al menos eso creí.

Me dejó en la puerta del hotel Villa Diana Bali; eran las siete y media de la tarde. Necesitaba una ducha y una habitación donde instalarme unos días para ubicarme y decidir dónde pasar el resto de mis vacaciones. Entré en una especie de cabaña circular de pared de piedra y tejado de paja fuerte. Escalones de piedra, mucho blanco y madera oscura de mueble colonial. Al final, un mostrador. Un joven, vestido también de blanco y con sandalias, me miró sonriente y me saludó con la cabeza mientras me acercaba tímida a él. Le devolví la sonrisa. ¡Aquí todos sonríen!

—*Do you have any room available?*¹⁴

Me sentía torpe en inglés y completamente oxidada. Les oía hablar y parecía que, en vez de en inglés, hablaran en un dialecto. ¡Bingo! Había habitación libre. Me indicó que le siguiera y entramos en un pequeño oasis ajardinado, con una piscina central rodeada de hamacas que me hizo suspirar del gusto. Alrededor, una estructura de doble planta, con muchas puertas ordenadas por letras. ¡Cuánto silencio! ¡Y ese olor a hierba mojada! Un par de chicas jóvenes salían de una de las habitaciones, se las veía bastante arregladas, irían de marcha. Nos detuvimos delante de la H. Mmm... ¿Hache? No se me ocurrían demasiadas palabras con hache: hamburguesa, hazaña, heroína, hada, hola... Estaba impaciente por ver la habitación. Una cama de matrimonio con mosquitera, un armario de madera blanquecina, dos ventanales. Una mesa de escri-

¹⁴ —¿Tiene habitaciones disponibles?

torio del mismo tipo de madera y un baño con ducha de obra. Bueno, no era precisamente un lujo asiático, pero parecía limpia y por cuarenta y cinco euros la noche era una auténtica ganga. Lo primero que hice fue tirarme en la cama. La cabeza me daba un poco de vueltas. Eran las dos de la mañana hora española y comenzaba a sentir el peso en el cuerpo y la espesura en la cabeza. Estuve en silencio con la mirada clavada en la mosquitera varios minutos.

— ¡Joder! ¡Me he olvidado de traer repelente de mosquitos! Tengo que comprar, porque seguro que aquí te acribillan.

Después de ese pensamiento, me quedé en el más absoluto de los blancos durante un buen rato. Sentí mi respiración agitada, mi cerebro se detuvo en *off*. Antes de quedarme frita, estiré el cuerpo para sentirlo de nuevo y lancé al viento un enorme bostezo. Hacía por los menos veinte años que no viajaba sola, y nunca lo había hecho sin una preparación o plan. Me di cuenta, en ese momento, mirando la mosquitera de un blanco roto envejecido (que, por cierto, ¡tenía un agujero!), de que todo dependía de mí. Sentí agobio, me froté las manos y me acaricié la cara y la cabeza hasta revolverme el pelo. ¡Vértigo! A eso se le llama tener un momento de ¡vértigo! Nudo en el estómago, cuerpo retorcido..., 1, 2, 3... ¡Llanto desconsolado! Solo llanto, sentido, profundo, o procesado por la mente. Una lágrima detrás de otra, dejar que el cuerpo se vacíe sin juzgar esa emoción y sentirla. Veinte minutos de llanto, íntimo y desgarrador. Después, el vacío; la ligereza.

Decidí lo mejor: una buena ducha, ponerme espectacular (cuando estoy jodida lo mejor que hago es emperifollarme y no dejar de hacerlo hasta que me veo guapa en el espejo) y salir a cenar y a lo que surgiera.

—*No pain!*¹⁵ ¡Nada de lamentos! ¡Eres una tía muy atractiva y estás buenísima!

Salí a las calles, no había mucha gente. El olor era fuerte, intenso. En el suelo, decenas de cajitas trenzadas con hojas de palmera con flores secas, arroz y caramelos dentro. Las ofrendas. ¿Para qué tanta ofrenda? En cada puerta, en cada esquina. Eran apenas las nueve de la noche. Estaba hambrienta, sin dinero y con ganas de tomarme un *gin-tonic* a la salud de todos los que por voluntad mía o suya habían desaparecido de mi vida. A Gonzalo le salvé de la quema por el momento. Hice las tres cosas en distinto orden y comprobé otras tres cosas:

1) Para guardar el dinero en Bali necesitabas un bolso extragrande.

2) Se comía de lujo por cuatro duros y cientos de miles de rupias (tener tantos billetes y hablar de millones me provocaba una extraña sensación nada relajante).

3) Había tíos espectaculares, cañón, buenorros; el único inconveniente: ¡no pasaban de los treinta!

Vestida para el viento y sentada frente al inmenso océano Índico, con los pies descalzos y mi *gin-tonic*, fue el primer instante que sentí mi cuerpo soltando lastre y dejándose caer. El mar era de una profundidad que nunca había visto, podía vislumbrar hasta tres remolinos escalo-

¹⁵ —¡Sin dolor!

nados, uno sobre el otro y vuelta a empezar. El sonido del agua corría deprisa a la orilla para susurrar secretos guardados y volverse espuma para llevarse las penas gritadas. ¡Qué bonito lugar! Pocos pies descalzos dejándose remojar, alguna pareja regalando besos al universo, siluetas saladas y desconocidas y yo: recién llegada, maquillada para la ocasión y rendida por agotamiento.

Un joven, de cuerpazo tostado y más de 1,90, me sonreía desde una de las mesas. Hacía años que un hombre no me miraba fijamente mostrándome su deseo. Tenía el pelo revuelto, la mirada ansiosa y poco más de veinticinco años. Un yogurín al que seguramente le ponían las maduritas. La situación me pareció de lo más divertida y excitante. No le devolví la mirada, no fuera a ser que esa noche inaugurara Bali dando clases de sexo a un adolescente.

—*Hi! Are you alone?*¹⁶

¡Joder con el yogurín! Sin darme cuenta, se había acercado como una flecha y quería invitarme a una copa. Estuve en un tris de rechazarla, pero al fin y al cabo estaba soltera, sola en esa isla y con ganas de pasármelo bien. Podía ser un comienzo extraordinario.

Y lo fue. Estuvimos tomándonos un par de *gin-tonics* más frente al mar. Al terminar el primero, yo babeaba completamente ante él: Hendrick, holandés, veintiséis años, surfero de corazón y recién licenciado en Teleco. Con las piernas en un cruce imposible y entregada a la causa, me reía como una quinceañera y tenía todos los síntomas del tonteo: caída de ojos y risita con la barbilla baja, tono de

¹⁶ — ¡Hola! ¿Estás sola?

voz más agudo, pestañeo continuado y mordedura del labio inferior. Él me contaba su intención de cazar olas, reír al viento, contagiarse de la energía de la isla y empaparse de cuantas más experiencias sexuales mejor. No tenía pareja y no deseaba comprometerse hasta encontrar a la Chica. «¡Angelito idealista!». A su edad, aunque no te hayas dado varias hostias emocionales, sigues creyendo en el cuento de la rana y la princesa. Con Hendrick y en Bali, decidí matar a todos los príncipes y cambiar a otras especies: a los ogros, duendes, demonios y engendros varios que, sin tantas expectativas, fueran capaces de hacerme volar. Sentía una espiral que recorría mi bajo vientre hasta llegar a mi pecho; me sentía viva por su deseo, sus ojos clavados en mi escote y sus manos deseosas de tocar mi piel. Pagamos y caminamos por la orilla del mar. Andaba de puntillas como una quinceañera y le esquivaba con el pudor de una adolescente; él caminaba detrás de mí, rugiendo como un león deseoso de su presa. ¡Qué alto era! ¡Y qué guapo! ¡Y qué joven! ¡Qué maravilla! Me cogió por detrás y me rodeó con sus enormes garras la cintura, me estremecí y grité con gusto. Me giré y nos besamos con la prisa de la eternidad. Acercó mi cuerpo al suyo y volví a agitarme con espirales de bajo vientre y turbulencias de pasión a punto de explotar. Me buscó por debajo del vestido, le mordí el labio.

—*Stop, Hendrick, not here.*¹⁷

Aunque estuviera en el culo del mundo, no pensaba hacérmelo en la playa a riesgo de que me detuvieran la pri-

¹⁷ —Para, Hendrick, aquí no.

mera noche. Me sonrió con la saliva todavía fresca, el pelo revuelto y los ojos encendidos. Se apartó medio metro y pateó el agua para empaparse entero: su camisa entreabierta, sus bermudas a rayas... Se acercó con la fiera del deseo y volvió a besarme. Y sentí el ascensor mágico que te lleva al cielo de las feromonas, el frenesí y el «¡soy toda tuya aquí y ahora!».

Pensé en llevarlo al hotel, pero preferí conservar mi habitación como santuario. Acordamos ir a su habitación. Cogimos un taxi y él se encargó de todo, porque yo era incapaz de pensar. No hay cosa que más me guste que besar en los taxis, será por el retrovisor y por saberme observada. Pues en ese taxi, en Bali, me dejé ir completamente y por poco no follamos ahí mismo. ¡Qué placer! Dejarse llevar por el deseo sin imponer ni poner límites. Dejar la mente en un rincón, haciendo crucigramas, mientras disfrutas de la pasión del momento sin juicios, ni morales que te trepanan y te atan a la culpa.

No recuerdo cómo fue pero ya estábamos en la cama, besándonos, y Hendrick mordiéndome entera, levantándose el vestido, agarrándose los pechos, quitándose las bragas, abriéndome de piernas y acercándose a su Gran Yo. Era tan grande y tan fuerte, tan enérgico, tan impaciente, tan precipitado... Me dejé llevar por sus enérgicos rugidos, por su fuerza de semental que necesita saciarse con premura. Esa noche me entregué a un joven desconocido sediento de sexo, de mujeres y vida. Me penetró como un animal salvaje y gemí de gusto con cada sacudida. Mi cuerpo entero se erizó y supuró sudor. Lo hicimos duran-

te horas. Me dejé lamer, comer y penetrar por todos los lados. Éramos una fuente inagotable de placer, de morbo y de fantasías. Me volví loca, porque no recordaba lo maravilloso que es ser el objeto de deseo de alguien, su ensoñación, su motivo de empalme, agitación, suspiro e insomnio. Me alimenté de Hendrick, de sus ganas inagotables, de su juventud insaciable. Me dejé llevar hasta perderme en laberintos sensoriales jamás vividos. Hasta que la fiera cayó rendida y se convirtió casi en un niño, con su cuerpo desnudo, un peso muerto postrado sobre la cama. Hendrick cayó inconsciente, como el guerrero después de una ardua batalla, como el león después de arrancar y devorar las tripas de su presa.

¡Qué belleza más helénica! Miguel Ángel habría esculpido otro David si, como yo, hubiera estado en esa cama, contemplando el éxtasis y el tormento. Me sentía tan rendida que al poco mi cuerpo decidió abandonarme por el reposo. Abrí los ojos por primera vez y presté atención: ropa por todos los lados, latas de cerveza, bolsas de patatas, ceniceros con colillas y sillas forradas con pareos. Todo en completo desorden, oliendo al caos del divertimento y el ocio, lejos del equilibrio de la responsabilidad y el excesivo pensamiento. Nada que ver conmigo, lejos de mi universo, pero esa noche, día o lo que fuera me dio la vida. Seguía desnuda al lado de Sansón dormido, frotándome el cuerpo, relamiéndome lo vivido. ¡Locura deseada! ¡Maravillosa experiencia!

Hora de partir, momento de buscar las prendas escondidas, lanzadas a golpe del deseo más fugaz por esa

habitación. No encontraba las bragas. «¿Será posible?». Todavía me costaba mantenerme en equilibrio a una pata. Miré por todos lados: entre las sábanas, debajo de la cama, en el suelo, en la mesilla... ¡Nada! ¿No se las habrá comido el muy animal? Después de haberme follado a un joven de veintiséis años, recién aterrizada en un isla mágica y con más de treinta horas sin dormir, a una servidora no le quedaba ningún complejo por andar por la calle sin bragas.

A punto de salir por la puerta, volví a mirar a la fiera. ¡Qué bellezón! No pude resistir la tentación de volver a repetir la experiencia. Busqué un papel y le dejé lo necesario:

Thanks for the night... And for another sexy night...¹⁸

Hotel Villa Diana. Room H

Mobile (+34) 696 763 456

Alex

Cerré la puerta con cariño para no despertarlo y me fui con la sonrisa a cuestas. No tenía ni idea de la hora que era ni de dónde estaba. Mi cuerpo flotaba, mi mente seguía ausente. Había gente en la calle, caminando con ganas de sol; el gran astro apretaba, los coches pitaban y las tiendas estaban abiertas y con las bandejitas de ofrenda en la puerta. Me negué a mirar el reloj. Tomé el primer taxi, creo que me tangó, y perdí el conocimiento, aunque mi cuerpo siguiera en movimiento. A veces creo que el teletransporte existe. No tengo ni idea de cómo llegué, pero me encon-

¹⁸ Gracias por la noche... Y para otra noche sexy...

traba ya metida en esa mosquitera agujereada, oliendo a sexo y con la consciencia a punto de abandonarme. 3..., 2..., 1..., ¡sueño profundo!

Abrí un ojo mientras mi consciencia todavía dormía. Sentí un extraño placer pesado. Venció el párpado y volví a desconectarme. Tomé consciencia de mi respiración antes que de mi realidad. Conseguí, no sin esfuerzo, mover algún músculo, estirarlo, las piernas, sentir mis dedos, la cabeza, respirar, suspirar..., y caí en la cuenta: «¡Estoy en Bali! ¡Ayer me follé a un yogurín!».

Dejé de respirar, abrí los ojos como sin querer hacerlo, arrugué la nariz, apreté los dientes.

«¡Ayer me follé a un casi adolescente!».

Me retumbaba todo. Demasiado alcohol e información para mi estado de resaca existencial: sin planes ni expectativas.

Me levanté de la cama, no sin pelearme con la dichosa mosquitera, como una elefanta encinta, y me fui directa a la ducha. Imprescindible deshacerme del olor animal y recobrar el mío. Guardé el pasaporte y el dinero en metálico en la caja fuerte, me puse unos *shorts* vaqueros, una camiseta de tirantes, mi mochila con el pareo, la cámara de fotos, dinero y móvil..., ¡y a vivir Bali!

Después de diez minutos andando, empecé a sentir la asfixia de la humedad. Llevaba más de diez saludos devueltos con sonrisa incluida, carteles de centros de masajes, tatuajes, centros de belleza, tiendas de camisetas, pulseiras... Los coches se detenían para preguntarme si necesi-

taba taxi. ¡Qué tráfico! No era un paisaje bello, sino más bien decadente: predominaba el gris, había muchas motos y el olor era fuerte. Estaba en la zona de Kuta. Hendrick me había dicho que la playa de Kuta era la mejor para aprender a hacer surf. Quería tomarme un café y preguntar cómo llegar a la playa. Caminando por una calle que se llamaba Legian, que más tarde descubriría que es una de las principales para ir de compras, me metí por otra más pequeña y descubrí una enorme tienda de surf. ¡Parecía una señal! Entré sin complejos para cotillear, inspeccionar y preguntar. Se llamaba DrifterSurf y me deslumbró nada más entrar. Me sentía como una niña en Toys'R'Us. Era una inmensa nave llena de brillantes tablas de colores, perchas elevadas llenas de pantalones, bañadores y camisetas, grandes marcos de madera con fotos en blanco y negro de jóvenes a la caza de la gran ola. Al fondo, una gran estantería repleta de libros sobre Bali, surf y aventuras con el agua. En el techo y sostenidas cada una con cuatro gruesas cintas metálicas, seis tablas de surf con unos espectaculares dibujos galáctico-espirituales. Estaba hasta mareada de lo fascinante que era aquel mágico lugar con alma de surf. Mi sorpresa fue descubrir que también era cafetería. «¿Sería el momento de empezar a hacer caso de las señales?». Me hice con una guía de Bali, me compré una pulsera de cuerda con una diminuta tabla de surf metálica de color rosa y ¡a disfrutar del café y del lugar!

Sentada en un patio interior, en una silla metálica de color rojo, rodeada de jóvenes melencidos de mechas rubias y con una taza entre mis manos, me topé con el Car-

tel de pizarra que consiguió escupir cualquier duda en relación con mi presencia en Bali. Con letras pintadas con tizas de colores, azules y rosas, mayúsculas y minúsculas, sentí cómo un hilo de cosquilleo recorría mi cuerpo mientras leía el cartel:

SURF. Cree en ti mismo. Abrázate a la pasión de la vida. Encuentra tu coraje. Escucha más de lo que hables, pero, cuando tengas algo que decir, ¡dilo! Haz lo que amas. Aprende algo nuevo cada día. Inspira, sé amable y agradecido. Persigue tus sueños, pero mantén los pies en el suelo. Baila con las olas como si nadie te estuviera viendo. Sonríe a los extraños y a ti mismo. Viaja a lugares desconocidos. Sé apasionado con lo que haces y exprésaselo al mundo. ¡Hazlo! Surfear en el océano es nuestro regalo. Sé entusiasta con la vida.

Firmado por un tal Derek Doods. Jamás sabré qué ha hecho este Derek con su vida, pero su escrito empezó a cambiar la mía.

Cuando no llevaba ni un día entero en Bali, decidí abrirme a la vida. Apartar las vallas mentales y vivir mi mes y medio con el auténtico espíritu surfero: ¡libre!

«¡Espero que hayas llegado bien! No habría estado de más enviarme un *whatsapp* para informar a tu hijo de que su madre está sana y salva».

¡Dios! ¡Gonzalo! No había reparado ni en él ni en Yago. Solo me había dado tiempo a aterrizar, follarme a un surfero, descubrir una tienda de surf y tomarme un espec-

tacular *caffè latte*. «¡No lo había pensado!». Aunque asomaba la culpa por no haber enviado ese mensaje, apreté las nalgas y me negué a darle más rienda que los segundos que tardé en leer el mensaje de Gonzalo y responderle:

«¡Perdona! ¡Me quedé *KO!* ¡Llegué bien! Dale un beso a Yago. Intento conectarme por la noche por Skype».

Respiré profundamente hasta abandonar el mal rollo que me había provocado esa toma de contacto con una realidad que estaba a miles de kilómetros. Respiré profundamente. Volví a Bali, al café Drifter y a centrarme en mis clases de surf. Todo fue sencillo: Mark, el buenísimo dependiente australiano de la tienda, me puso en contacto con Wayan, un amigo suyo balinés que mañanas y tardes daba clases particulares de surf en la playa de Kuta. El material y todo lo necesario me lo facilitaba él. Yo solo me tenía que preocupar de divertirme y soñar con atrapar una gran ola. ¡Esa misma tarde podía empezar!

— *Thanks, Mark! See you!*¹⁹

Salí de allí flotando y encarrilada a la playa. Ya no solo veía sonreír, sino que era yo la que saludaba sonriendo. «Hi! Hello!...». Me entraron ganas de llamar a Pablo y decirle: «¡Gracias por tener estas ideas tan locas que hacen que la vida sea tan grande!». Sentía que la vida me sonreía por primera vez en mucho tiempo, que había hecho lo correcto, que estaba cogiendo las riendas de mi vida, sintiéndome libre de verdad para hacer lo que me apetecía en todo momento. No podía imaginarme que, en menos de cinco horas, pasaría del éxtasis al tormento.

¹⁹ — ¡Gracias, Mark! ¡Nos vemos!

Kuta Beach no me impresionó por su belleza, pero sí por su inmensidad. Para llegar al agua tuve que caminar no menos de doscientos metros, para que mi cuerpo quedara medio cubierto. La gracia no era esa, sino ver que pasas a formar parte de un inabarcable horizonte acuoso de tres niveles de espuma blanca arremolinada que te recuerda a una gigantesca fuente zen. ¡Una barbaridad descomunamente bella! Fue mi primer baño, mi primer batido al sol, rodeada de vendedores ambulantes de comida, ropa, collares y pequeñas tallas de madera. Vestidos con gorros y paños de colores, aparecían y desaparecían con el arte de los auténticos tuaregs del desierto. Un par de niños se acercaron a mi hamaca para venderme pulseras y llamar a la puerta de mi solidaridad lastimera. Solo consiguieron una foto y algunas palabras. Estoy en contra de la explotación infantil en todas sus vertientes y, aunque me encontraba en la playa y ellos tenían impreso en el rostro el brillo de la felicidad, no quise comprarles nada. ¡Son niños y no deben vender!

No me sentía ni sola ni como una sardina en escabeche. Había turistas, pero sin aglomeración. El espacio vital era, más que amplio, vasto. Mucha gente joven y pocas familias. Si Mark, el dependiente australiano, me había comentado que la playa de Kuta era una de las más concurridas, cuando pisara las menos frecuentadas quizás mis pisadas en su arena retumbarían en forma de eco. Me quedé traspuesta esperando a que llegara la hora de la primera clase de surf.

Caminé siguiendo las instrucciones de Mark hasta encontrar el árbol a pocos metros de la orilla donde, de-

bajo de su copa y apoyadas en una estructura de bambú, había una docena de tablas de surf de diversos tamaños. Dos jóvenes lugareños vigilaban sentados en dos cajas de madera, al lado de una antigua nevera metálica de Coca-Cola.

—*Hello! Is Wayan here?*²⁰

Uno de los dos se levantó y me tendió la mano.

—*Hi! Alex?*²¹

Me senté en una de las cajas de madera clavadas en la arena, dispuesta a escuchar los primeros consejos. Wayan me dijo que tenía que tener paciencia y mucho tesón para llegar a planear sobre una ola. Pero que me prometía que en tres semanas dejaría de remar sobre la tabla y empezaría a oler la libertad del surfero. Acordamos tres clases a la semana a quince euros la clase. ¡Un chollo!

Antes de meternos en el agua, me hizo elegir la tabla, la que sería mi compañera de viaje, la que conmigo descubriría la magia de la llamada unión perdida, aquella por la que tantos, una vez la encuentran, deciden no separarse del mar ni del surf. Aunque tenía la certeza de que el surf no se convertiría en mi estilo de vida, me gustaba descubrir cómo aprender a cabalgar olas era mucho más que eso, era toda una filosofía basada en las leyes del propio océano.

Wayan, que no contaba con más de veinticuatro años, medía menos de 1,70 y no tenía ni una pizca de grasa en su cuerpo escultural. Me contó cómo rompen las olas, los efectos de la marea, la importancia del viento y la dirección del oleaje para surfear. Me puso sobre aviso de los peligros

²⁰ —¡Hola! ¿Está Wayan?

²¹ —¡Hola! ¿Alex?

de las corrientes fuertes, de cómo identificar y manejar las zonas peligrosas.

Nos acercamos a la orilla, cada uno con su tabla. Me enseñó cómo impulsar la tabla, cómo sentarme en ella. Aviso que, por fácil que parezca, no fui capaz de hacerlo ese día. Aunque sí de recostarme en ella, colocar los pies y aprender a remar correctamente. ¡Qué gusto! Hacer lo que una se ha propuesto. Estaba en medio del océano Índico, flotando en una tabla y aprendiendo surf a mis cuarenta y tres años. Si salía airosa de eso, estaba segura de que podía llegar a hacer lo que quisiera. Terminé con los dedos arrugados, los labios morados y tomándome una Bintang (la cerveza balinesa de la que ya no me despegaría en mes y medio) con Wayan y su compañero Ketuc en la playa mientras contemplábamos una de las puestas de sol más impresionantes que he visto en mi vida. Un fenómeno de la naturaleza que te deja sin habla, te llena de energía renovadora y te invita a la vida. La fusión de colores, con el círculo central descendiendo como un péndulo para fundirse con el agua, me dejó inmóvil, pasmada y con la mirada fija en el descomunal punto de fuga. En ese preciso momento experimenté lo que en más de una ocasión había escrito en mis libros de autoayuda sin creer un ápice de eso. Comprendí a Abraham Maslow y sus denominadas «experiencias cumbre o del atisbo», los momentos más altos de la vida, cuando viajamos más allá de lo mundano y, aunque solo sea para olerlo, llegamos al epicentro de nuestro verdadero ser en calma y plenitud. Solo un suspiro detrás de otro puede sobrevenirnos en ese estado de

completo éxtasis. Cumplida la puesta, escondido el sol, me levanté como otros a aplaudir, gritar y danzar. Todo era perfecto y daba gracias por estar viviendo esa aventura. Wayan y Ketuc se reían conmigo. Me tomé unas cuantas Bintang más hasta desaparecer por la arena, haciendo esos y con la felicidad a cuestas.

Caminaba dando saltos por las baldosas de asfalto de la acera de las calles de Kuta como si fuera Dorothy en *El mago de Oz*. Me dirigía venturosa hacia el hotel cuando, sin poder evitarlo, en una de mis alegres zancadas di con una baldosa rota que terminó de soltarse y me precipité a meter la pierna en un agujero y caer en plancha y de morros. Sentí un pequeño crac proveniente de mi tobillo izquierdo, que se había quedado atrapado en el agujero de la baldosa. Lo siguiente fue saber que apenas podía moverlo, que mi boca sabía a sangre y que acababa de liar una buena.

Varios hombres se acercaron a ayudarme. Me dolía mucho la pierna. Solo pensaba en que me acababa de joder las vacaciones. «¿Y ahora dónde coño hay un hospital?». Me metieron en un taxi, hablaron en su idioma todos a la vez, se montó uno de ellos conmigo atrás y nos fuimos cagando leches al hospital de Denpasar, la capital de Bali. Se llamaba Sanglah General Hospital y estaba escondido detrás de una larga calle. Nada más entrar casi pierdo el conocimiento al ver multitud de gente, de pacientes colocados en camillas tercermundistas por los pasillos. El chófer y el hombre que me había recogido del suelo me llevaban a cuestas. Enseguida se nos acercó un hombre con una camisa floreada y una flor blanca en la oreja izquierda. Nos

indicó que le siguiéramos hasta una sala pequeña con una camilla y poco más. Me colocaron en ella; me miraban con una bondad extrema y una media sonrisa que me daba serenidad. Apenas sabían hablar inglés. Nos entendíamos a base de sonidos guturales y agudeza visual. Incluso en esa pequeña habitación había depositada una ofrenda a los dioses, compuesta de flores, arroz y caramelos. Me puse a rezar a ese dios: «¡Por favor, que no sea grave, que no sea grave, por favor!».

Me dolía mucho. Pensé en Yago, en Gonzalo, en mi mala suerte. Mi cabeza trataba de reconstruir el momento de la caída. ¿Qué narices había pasado para acabar en el suelo?

Enseguida entró en la habitación otro hombre, de mayor corpulencia y edad que el de la camisa floreada. Supuse que sería el doctor. Me saludó con la cabeza, me inspeccionó con la mirada y fue directo a mi tobillo. ¡Grité! Me lo volvió a tocar, volví a gritar.

—*Don't worry, miss! It's not broken. You only need one week in calm and you'll be ready again.*²²

«¿Una semana? ¿En reposo, inmóvil?». Me eché a llorar. Me dejé llevar por el llanto, la rabia y el cabreo. No podía tener tan mala suerte. Nuevamente la vida se encargaba de atizarme bien y de desmontar el puto cuento de hadas en el que había comenzado a creer. Lloré mientras me vendaban, mientras me inmovilizaban el tobillo; lloré cuando me sacaron de allí a cuestas y me volvieron a meter

²² —¡No se preocupe, señorita! No está roto. Solo necesita una semana de calma y estará lista otra vez.

en el coche. Los dos pobres hombres estaban con la mirada triste, preocupados por mis lágrimas.

—*No worry, miss, no worry*²³ — apenas sabían decir. Apenas podían decir más.

Me llevaron al hotel. Me ayudaron a abrir la puerta, me colocaron encima de la cama y se fueron. Me pasé un buen rato inmóvil, mirando al techo. Las lágrimas brotaban en silencio sin alterar lo más mínimo mi cuerpo petrificado, mi rostro inerte, incapaz de pestañear. Estaba sufriendo claramente un *shock*: momento en el que tu mente se colapsa porque es incapaz de digerir la realidad de los hechos. Postrada en esa cama, con la pierna izquierda vendada hasta la mitad y la derecha tatuada con un gigantesco rasguño, me sentí muy desgraciada. Pasé por todas las fases: cabrearme con la vida, maldecirme, querer que todo fuera un sueño, volver a maldecirme, cabrearme con la vida, todo es un sueño... Me quedé un buen rato en ese bucle estéril, pero necesario para consolar mi desconsuelo. Me sentía patética: me vino a la mente todo lo que había hecho en esa maldita isla y me parecía propio de adolescente. Irme sola y ponerme de *gin-tonics* hasta el culo, follarme a un veinteañero para sentir que todavía resulto apetecible y pretender aprender a surfear. Estaba tan perdida con mi vida que pensaba que se me había ido la cabeza por completo. Mi mente estaba feliz porque le había abierto las puertas para que me torturara hasta caer inconsciente. No llegué a ninguna conclusión, no decidí cuál sería mi plan dada la nueva situación, no pensé, solo me cagué en

²³ —¡No se preocupe, señorita, no se preocupe!

todo, pero sobre todo en mí, hasta fundirme con la desgracia, caer rendida y esperar que el sueño fuera reparador.

Un sonido seco, violento, brusco y en una secuencia intermitente me arrancó del sueño. Abrí los ojos asustada. Nuevamente el ruido secuencial y agresivo. Tardé unos segundos en identificar de dónde provenía. ¡Alguien estaba aporreando mi puerta! No tenía ni idea de la hora que era ni cuánto tiempo llevaba dormida. Un calor vaporoso de pánico inundó mi cuerpo. Quise levantarme y caí en la cuenta de lo sucedido. ¡Estaba con la pierna inmovilizada! Me agarré a la punta de la cama, puse el pie derecho en el suelo y, de un impulso y a la pata coja, me levanté. Fui dando saltitos hasta llegar a la puerta de la habitación. Me apoyé en la pared y respiré lo que pude para calmarme.

«Seguramente es un turista borracho que se ha confundido de habitación».

Mientras estaba sumida en una cadena de pensamientos exculpatorios y tranquilizadores para la extraña situación, oí una voz seca, directa, fuerte:

— *Police! Open the door, please!*²⁴

¿Policía? ¿Había oído la palabra «policía»? Me recorrió un calambrazo de miedo por todo el cuerpo que casi me hizo perder el equilibrio y desplomarme. No sabía nada de esa maldita isla, ni cómo funcionaba, ni qué política seguían, ni nada de nada. Y tenía a la policía aporreando la

²⁴ — ¡Policía! ¡Abra la puerta, por favor!

puerta de mi habitación. Me temblaba la pierna, me costaba respirar.

— *Open the door, please!*

— *One moment, please!*²⁵

De un salto me trasladé al otro lado de la puerta, para apoyarme en la mesa de despacho y poder abrirla cómodamente.

Un hombre vestido con pantalón verde, camisa marrón y cinturón de chapa dorada acompañado de dos hombres más, uno de ellos el chico de la recepción, estaba clavado delante de mí.

— *Good morning, miss.*²⁶

Me enteré así de que me había quedado frita toda la noche. Le pregunté qué hora era y me dijo que las nueve y diez minutos de la mañana. Me pidió entrar en la habitación. Dando saltitos me senté en el borde de la cama, sin perder de vista a los dos policías, que caminaron con paso firme y mirada examinadora en busca de detalles.

El más alto y de mirada más fría se presentó. Creí entender que se llamaba Mulyadi y era el inspector jefe de la Polisi Pariwasata, la división especial del departamento de policía que se encarga de prestar servicio a los turistas de la isla. Yo solamente me había hecho un esguince en el tobillo izquierdo, así que no sabía por qué narices esos dos hombres estaban en mi habitación ni qué buscaban.

²⁵ — ¡Abra la puerta, por favor!

— ¡Un momento, por favor!

²⁶ — Buenos días, señorita.

Me pidió el pasaporte. Juro que se me paró el corazón mientras lo miraba.

— ¿Miss Alejandra Blanc Galdón?

Sí, esa misma era yo. Miró con atención la foto del pasaporte y me miró a mí, que intentaba poner la misma expresión que tenía en la foto. Me devolvió el documento y conseguí tragar saliva. Casi me caigo de la cama o me desmayo cuando Mulyadi sacó una foto y me la enseñó, mientras me preguntaba si lo conocía. ¡Pues claro que lo conocía! Me había tirado casi doce horas follando con él. Era Hendrick, el surfero veinteañero. Me contó que llevaba más de un día desaparecido y que en la habitación del hotel habían encontrado una nota con mi nombre y dirección. Me disparó tantas preguntas seguidas que no fui capaz de pillar ninguna. Pero... ¿de qué va todo esto?

De qué le conocía. Qué relación tenía con él. «¿Cuándo fue la última vez que le vio? ¿A qué ha venido a Bali?».

Me sentí interrogada y señalada por ese policía que de amable tenía lo que yo de petarda. Fui respondiendo en la medida que podía a todas sus preguntas. Cuantas más explicaciones le daba, más culpable me sentía. ¡Yo no había hecho nada! El pobre chaval se habrá cogido una cogorza y estará medio inconsciente en alguna playa.

«¿Lo invitó a cenar? ¿Pagó usted las copas? ¿Se ha acostado con algún otro surfero?».

Pero, bueno, ese tío... ¿de qué iba? Me habría gustado decirle que se largara de allí si seguía con aquellas malas formas, pero me la envainé porque no sabía cómo podía

terminar todo aquello. Le expliqué más de veinte veces que solo lo había visto una noche, que acababa de llegar a Bali, que apenas llevaba dos días y ya me había pasado de todo. Que no conocía a Hendrick de nada y que le había dejado esa nota porque nos habíamos acostado y por si quería repetir encuentro. No recordaba apenas nada porque bebimos bastante, ni siquiera si fui yo la que pagó las copas. Seguramente por la diferencia de edad, me debió de parecer lo más correcto. Y no, rotundamente, ¡no me había acostado con ningún otro surfero!

Me dijo que tenía que inspeccionar la habitación. Me quedé tiesa, en el borde de la cama, mirando cómo aquellos hombres, enfundados en uniformes de policía, revolvián todas mis cosas. Entré en estado de *shock*. No sentía mi cuerpo, mis ojos estaban abiertos al máximo, mis manos agarradas como zarpas a la cama. Sacaron todas las cosas de la maleta, la palparon como si buscaran un doble fondo, registraron todos los bolsillos, miraron en mi neceser, sacudieron boca abajo mis libros... Lo desordenaron todo y asaltaron mi intimidad hasta reducirme a la nada. Uno de ellos me pidió el móvil. Señalé con el dedo mi mochila y le pedí que me la acercara. Sabía que, si me movía, podía acabar en el suelo.

Miraron todas mis fotos, me sentí violada y perdida. Cerré los ojos para evitar llorar y aguantar el tipo. Era la primera vez en mi vida que la policía me registraba. Viendo la premura y el detalle de su inspección, caí en la cuenta de que quizás le había ocurrido algo grave a Hendrick. La policía nunca te cuenta lo que pasa realmente. Al menos

eso es lo que había visto en las películas y había podido intuir por todas las preguntas que me había hecho el inspector. Después de revolver toda la habitación, Mulyadi me dio una tarjeta con su nombre y un teléfono. Me recomendó no desaparecer y, si me cambiaba de hotel, que se lo comunicara. Por supuesto, si Hendrick se ponía en contacto conmigo, tenía que llamarle inmediatamente. Asentí con la cabeza sin poder pronunciar palabra. Vi cómo salieron los dos individuos, dejando la puerta abierta y todas mis cosas desparramadas por el suelo. Este viaje se había vuelto una pesadilla y solo quería irme cuanto antes de allí. Sabía que de momento no podría abandonar la isla, el inspector se había anotado algo mientras miraba mi pasaporte. Seguramente el número y mi nombre y apellidos. ¿Estaba fichada por la policía indonesia? Tenía *overbooking* de información. Cerré la puerta y me eché de nuevo en la cama. Estaba en *shock*, aterrorizada. Pensé en llamar a Blanca, en pedirle que me ayudara, que me sacara de ese hotel y me cuidara. Me quedé nuevamente inconsciente con el cuerpo doblado en posición fetal.